

Inauguración del pontificado de Benedicto XVI

El pasado día 19 de abril, martes, a media tarde, era elegido pontífice máximo, por el colegio cardenalicio reunido en cónclave, el cardenal Joseph Ratzinger, que tomó el nombre de Benedicto XVI.

Joseph Ratzinger nació el 16 de abril de 1927 en Marktl, junto al río Inn, en Baviera, de una modesta familia católica tradicional. Su padre era comisario de la gendarmería. En 1939 ingresó en el seminario menor de Traunstein, donde ya estaba su hermano Georg. Los dos hermanos tuvieron que abandonar el seminario en 1941, por causa de la guerra. Después de una breve estancia en la casa paterna, fue movilizado forzoso, con sólo 16 años, anticipando su edad militar. En 1944, Ratzinger abandonó su servicio militar para pasar a servicios laborales. Al terminar la guerra, y después de algunas semanas en un campo de concentración de los Aliados, volvió al seminario a primeros de 1946.

Su carrera académica fue muy lineal: Estudios de Teología en el Instituto Georgianum, dependiente de la Universidad de Múnich. Doctor en Teología en julio de 1953, con una tesis sobre *Pueblo y casa de Dios en san Agustín*. Ordenación diaconal en octubre de 1950 y sacerdotal el 29 de junio de 1951 en la catedral de Frisinga (Freising). En febrero de 1957 alcanzó la habilitación para la docencia con una importante tesis titulada *La teología de la historia en San Buenaventura*. En verano de 1958 ganó la cátedra de Teología fundamental en la Universidad de Bonn, donde comenzó a impartir la docencia en febrero de 1959 hasta 1963, año en que pasó a la Universidad de Münster en Westfalia. En 1962 estrenó su actividad en el Concilio Vaticano II, primero como teólogo del Cardenal Frings y después como perito nombrado por Pablo VI. En 1966 comenzó su docencia en la Universidad de Tubinga, pasando después a la Universidad de Ratisbona en 1967.

El 28 de mayo de 1977 fue consagrado obispo y designado arzobispo de Múnich-Frisinga. El 27 de junio fue nombrado cardenal por Pablo VI. El 15 de oc-

tubre de 1981 fue llamado por Juan Pablo II a Roma, para ocupar la presidencia de la Congregación para la Doctrina de la fe, que ha ejercido hasta su elección para el solio pontificio.

Durante su prefectura ha recibido numerosos doctorados *honoris causa*, en reconocimiento de su labor pastoral y teológica, entre ellos el de la Universidad de Navarra, en enero de 1998.

La elección pilló al cardenal Ratzinger por sorpresa, como el mismo declaró el 25 de abril a los peregrinos alemanes que quisieron acompañarle en la inauguración de su pontificado, celebrada el domingo 24¹. Eligió para sí el nombre de Benedicto XVI, en referencia a Benedicto XV (1914-1922), el papa de la paz, gran impulsor de las misiones e insigne codificador, y por veneración a San Benito, patrón de Europa.

En su primera homilía al colegio cardenalicio, de 20 de abril, declaró con especial energía y solemnidad cuatro compromisos fundamentales de su programa pastoral:

«Al disponerme para el servicio del Sucesor de Pedro, quiero reafirmar con fuerza mi decidida voluntad de proseguir en el compromiso de **aplicación del Concilio Vaticano II**, a ejemplo de mis predecesores y en continuidad fiel con la tradición de dos mil años de la Iglesia. Este año se celebrará el cuadragésimo aniversario de la clausura de la asamblea conciliar (8 de diciembre de 1965). Los documentos conciliares no han perdido su actualidad con el paso de los años; al contrario, sus enseñanzas se revelan particularmente pertinentes ante las nuevas instancias de la Iglesia y de la actual sociedad globalizada».

«Con plena conciencia, al inicio de su ministerio en la Iglesia de Roma que Pedro regó con su sangre, su actual Sucesor asume como compromiso prioritario

1. «Cuando, lentamente, el desarrollo de las votaciones me permitió comprender que, por decirlo así, la guillotina caería sobre mí, me quedé desconcertado. Creía que había realizado ya la obra de toda una vida y que podía esperar terminar tranquilamente mis días. Con profunda convicción dije al Señor: ¡no me hagas esto! Tienes personas más jóvenes y mejores, que pueden afrontar esta gran tarea con un entusiasmo y una fuerza totalmente diferentes. Pero me impactó mucho una breve carta que me escribió un hermano del Colegio cardenalicio. Me recordaba que durante la misa por Juan Pablo II yo había centrado la homilía en la palabra del Evangelio que el Señor dirigió a Pedro a orillas del lago de Genesaret: ¡Sígueme! Yo había explicado cómo Karol Wojtyła había recibido siempre de nuevo esta llamada del Señor y continuamente había debido renunciar a muchas cosas, limitándose a decir: Sí, te sigo, aunque me lleves a donde no quisiera. Ese hermano cardenal me escribía en su carta: “Si el Señor te dijera ahora ‘sígueme’, acuérdate de lo que predicaste. No lo rechaces. Sé obediente, como describiste al gran Papa, que ha vuelto a la casa del Padre”. Esto me llegó al corazón. Los caminos del Señor no son cómodos, pero tampoco hemos sido creados para la comodidad, sino para cosas grandes, para el bien».

Inauguración pontificado Benedicto XVI

trabajar con el máximo empeño en el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los discípulos de Cristo. Esta es su voluntad y este es su apremiante deber. Es consciente de que para ello no bastan las manifestaciones de buenos sentimientos. Hacen falta gestos concretos que penetren en los espíritus y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, que es el fundamento de todo progreso en **el camino del ecumenismo**».

«**El diálogo teológico** es muy necesario. También es indispensable investigar las causas históricas de algunas decisiones tomadas en el pasado. Pero lo más urgente es la “purificación de la memoria”, tantas veces recordada por Juan Pablo II, la única que puede disponer los espíritus para acoger la verdad plena de Cristo. Ante él, juez supremo de todo ser vivo, debe ponerse cada uno, consciente de que un día deberá rendirle cuentas de lo que ha hecho u omitido por el gran bien de la unidad plena y visible de todos sus discípulos».

«No escatimaré esfuerzos ni empeño para proseguir el prometedor **diálogo** entablado por mis venerados predecesores **con las diferentes culturas**, para que de la comprensión recíproca nazcan las condiciones de un futuro mejor para todos».

Anuario de Historia de la Iglesia (su Comité de dirección, su Consejo Asesor y sus lectores habituales) felicita de todo corazón al nuevo Romano Pontífice por la confianza que la Providencia divina ha depositado sobre sus hombros; eleva preces continuamente al Altísimo, para que Dios le guíe en su ministerio petrino, de tanta trascendencia para la Iglesia y para todos los hombres de buena voluntad; y se pone modestamente al servicio de Su Santidad, como lo estaba también al servicio de Juan Pablo II, en cuyo pontificado conoció por vez primera los honores de la imprenta.

Pamplona, mayo de 2005.